

Miradas de mujer



PALABRAS DE UNA MUJER DESPIERTA

«Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,
por los corzos y por las ciervas del campo,
que no despertéis ni hagáis velar al amor,
hasta que quiera.»

Cantar de los Cantares 3, 5.

Alicia Sevilla

Cuando desperté, mi padre lloraba y mi madre le hacía una mueca del tipo «te lo dije». Los tres desconocidos estaban asombrados y el hombre, sentado en la cama, junto a mí, sonreía. Pidió que me dieran de comer frutas frescas y agua de manantial.

Todo aparecía confuso en mis recuerdos. No lograba entender qué hacía toda esa gente allí, especialmente él, a quien conocí tiempo atrás, en una de mis tantas aventuras en el camino. Conversamos después de la caída del sol, cuando el cansancio emocional puso a dormir a mi familia y vecinos. Subimos a una colina cercana y a la vista del valle y la ciudad, desnudamos la historia.

- Ni siquiera dormí por mucho tiempo, apenas me tomé un descanso.

- No fue eso lo que asustó a tu padre. Siente que mueres porque el tiempo pasa y tú sigues sola, porque no cumples con lo que se espera de ti en esta etapa de tu vida. Ten calma con él.

- La tengo. Lo bueno de este susto es que te traje, siempre es un placer conver-

sar contigo, me ayuda a saber mejor dónde estoy.

- ¿Dónde estás?

- En el mejor momento de mi vida. Paso ya de los 30, hombre del camino, soy lo que se diría «una mujer mayor». He elegido vivir con los pies en la tierra, la mochila al hombro y los ojos muy abiertos para encontrar a la gente que se mueve junto a mí. Sola no estoy y cada día aprendo nuevas lecciones. ¿Te cuento la última?

- Me encanta escuchar.

- He aprendido que el tiempo es un aliado y que sus movimientos no son tan lineales como se creía. Ahora sé que el paso de los años no es para envejecer y marchitarse sino para vivir mejor, si una consigue aprovechar con sabiduría sus experiencias. Cada momento de la vida es importante, cada día es una nueva oportunidad que hay que disfrutar intensamente.

- Has tenido momentos muy duros y quisiste hacerlos desaparecer de inmediato.

- Jamás voy a hacer campaña a favor del sufrimiento, pero constantemente estamos de cara a situaciones difíciles, dolorosas. Por supuesto que me gustaría saltármelas, sin embargo, vivirlas de frente, me ha ayudado a convertirme en la mujer que soy. A causa de lo que he tenido que enfrentar, hoy tengo menos miedo de lo que pueda suceder.

- ¿Menos miedo?

- Sí, tampoco es cuestión de no sentir miedo, es una emoción tan humana como la rabia y el amor. El asunto es sentirlo en su justa medida, que no nos paralice, pero tampoco nos haga saltar inútilmente al vacío. ¿Recuerdas que me hablaste del amor? Un bien que viene de la divinidad, algo así dijiste.

- Que desarma y desenmascara a los hipócritas*.

- Algunos hipócritas son muy difíciles de desarmar, aun así, he decidido no dejar de luchar a favor del amor solidario y justo. A veces me canso, porque es la lucha más larga y trabajosa de la historia de la humanidad; sin embargo, la comparto con muchas personas honestas y de buena voluntad, que me animan a seguir y me ayudan a sacar lo mejor de mí. También me hablaste del amor que espera y el amor que actúa. Y, ¿sabes qué?

- Prefiero que me lo digas.

- La respuesta la hallé en el Cantar de los Cantares: «no despiertes ni hagas velar al amor, hasta que quiera. Hay tiempos de espera y tiempos de acción, que nos conceda la divinidad sabiduría para distinguir el momento justo...» ■

* Tomado de la reflexión «La historia de un milagro» de Adrés Díaz Dorta